
ERIC ROLL

Historia de
las **doctrinas**
económicas



SECCIÓN DE OBRAS DE ECONOMÍA

HISTORIA DE LAS DOCTRINAS ECONÓMICAS

Traducción de
FLORENTINO M. TORNER
y ODET CHÁVEZ FERREIRO

ERIC ROLL

HISTORIA
DE LAS
DOCTRINAS ECONÓ-
MICAS



FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

Primera edición en inglés, 1938
Cuarta edición, 1973
Quinta edición, 1992
Primera edición en español, 1942
Segunda edición, 1975
Tercera edición, 1994
 Séptima reimpresión, 2014
Primera edición electrónica, 2014

Diseño y fotografía de portada: Laura Esponda Aguilar

© 1938, Faber and Faber Ltd., Londres
Título original: *A History of Economic Thought*

D. R. © 1942, Fondo de Cultura Económica
Carretera Picacho-Ajusco, 227; 14738 México, D. F.
Empresa certificada ISO 9001:2008



www.fondodeculturaeconomica.com

Comentarios:
editorial@fondodeculturaeconomica.com
Tel. (55) 5227-4672

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra, sea cual fuere el medio. Todos los contenidos que se incluyen tales como características tipográficas y de diagramación, textos, gráficos, logotipos, iconos, imágenes, etc., son propiedad exclusiva del Fondo de Cultura Económica y están protegidos por las leyes mexicanas e internacionales del copyright o derecho de autor.

ISBN 978-607-16-2363-8 (ePub)

Hecho en México - *Made in Mexico*

A la memoria
de mis padres

PREFACIO A LA QUINTA EDICIÓN

Hay dos razones que justifican una edición revisada de este libro. La primera es que han pasado diecisiete años desde que se completó la anterior, razón que por sí sola motivaría el examen de los cambios recientes en cualquier disciplina. La segunda es que el texto continúa siendo útil tanto al lector en general como a los estudiosos de la materia, a pesar de que ha sido impreso por más de cincuenta años.

Como en ocasiones anteriores, he tenido que meditar sobre cuatro preguntas difíciles. Primera, ¿son aún adecuados la estructura general del libro y el balance del tratamiento de las diferentes ideas y autores individuales? Segunda, ¿necesita revisarse el enfoque general, particularmente en la relación entre tendencias económicas y los grandes cambios políticos, económicos y culturales de las sociedades en que éstos surgen y se desarrollan? Tercera, ¿se ha arrojado una nueva luz en investigaciones recientes sobre pensadores individuales, o aspectos particulares de la teoría del pasado, hasta el punto de que la información aquí contenida deba ser corregida? Y, finalmente, ¿cómo deben manejarse los desarrollos más recientes en el pensamiento económico —digamos, los cuarenta años posteriores a la muerte de Keynes—?

He llegado a la conclusión de que no tendría objeto alterar una estructura que en gran medida se impone a sí misma y que, por esa razón, ha sido adoptada por la mayoría de los autores de esta materia. Cuando uno escribe Historia no es sencillo, aunque fuese sensato, hacerlo sin una medida sustancial de cronología. En lo que se refiere a los segmentos en que yo había dividido el tema —independientemente de los capítulos finales, que tratan lo ref-

erente a los últimos cincuenta años—, las fases y, consecuentemente, la clasificación de las diversas divisiones de esta historia, en mi opinión han demostrado tener un amplio y extenso uso. En pocas palabras, no encontré otra manera que presentara el proceso histórico que he deseado describir.

En lo referente al equilibrio no tuve tanta certeza. Por ejemplo, ¿es todavía realmente útil, ya sea para el lector no especializado o para el estudiante, buscar, identificar y analizar los antecedentes de los elementos del cuerpo de la economía en la Antigüedad —incluyendo la parte oscura de las Escrituras— o de las reflexiones de los pensadores medievales? Y a pesar de que las especulaciones de los mercantilistas y metalistas no puedan ser omitidas —aunque fuera únicamente por la obstinada persistencia de sus remanentes en la actualidad—, ¿se habla demasiado de ellos? En este punto, nuevamente, decidí no hacer un cambio radical. Sólo cerca de cuarenta páginas en total —aproximadamente una decimoquinta parte de todo el libro— se han dedicado al periodo previo al mercantilismo.

Existen dos preguntas que deben formularse en lo que al enfoque se refiere: ¿cómo puede definirse el pensamiento económico, y, en consecuencia, qué se debe incluir? En segundo lugar, ¿existen algunos amplios principios generales de explicación que puedan aplicarse a cualquier idea en particular, o a todo el cuerpo de ideas de un determinado autor? En ambos aspectos, en la Introducción establezco mis puntos de vista en forma general. Sin embargo, debo agregar lo siguiente: es, según creo, inevitable que uno deba aceptar la distinción no sólo entre los métodos, lo que es bastante obvio, sino también entre las diferentes visiones y quizá aún los diferentes propósitos esenciales de las ciencias naturales y sociales. Esto significa, en particular, que al estudiar la historia de las ideas en el campo anterior —y tal vez de manera más acentuada

en la economía— uno se enfrenta a un dilema. El profesor Samuelson, sin duda el representante más brillante de la economía moderna, en su discurso de toma de posesión de la presidencia de la Asociación Económica Norteamericana, en 1961, trazó una clara frontera entre el “simple libro de texto”, como calificó a la *Historia de las doctrinas económicas* de Gide y Rist, y la “obra de erudición” de Schumpeter: su *Historia del análisis económico*, un volumen monumental, publicado inmediatamente después de la edición de 1954 de esta obra. Samuelson basó esta distinción —y no queda muy claro en la evidencia del resto de su discurso hasta qué punto pretendía señalar un mérito o simplemente subrayar un dilema— en, por ejemplo, el tratamiento relativo de Robert Owen y Robert Malthus (muy probablemente el profesor se refería al Malthus de los *Principios* y no al del *Ensayo*), de Fourier y Saint-Simon por una parte y de Walras y Pareto por otra, y de Arthur Young en oposición a Allyn Young. En suma, su distinción se basa en el grado en que el “análisis” fue el criterio para la selección y tratamiento de diferentes autores. ¿Es éste el modelo correcto? De serlo, mi propio principio de selección no se ajusta a él. Ahora bien, ¿es ésta la manera correcta de ver las cosas? Debo admitir que, aunque no he incluido a todos los economistas analíticos profesionales, he dejado fuera a muchos no profesionales, como se les define ahora; pero entonces no escribía, como no intento hacerlo ahora, únicamente acerca de aquellos autores politicoeconómicos cuyas ideas han tomado forma —o al menos han tenido influencia— en el conjunto de creencias populares acerca de los procesos económicos de la sociedad. Sin embargo, tampoco he intentado escribir —tal como lo hizo Schumpeter— exclusivamente para el estudioso que desea delimitar en detalle las fuentes de teorías particulares de la economía, y su ascenso gradual por la escalera de la complejidad.

El mismo profesor Samuelson parece creer de forma definitiva en un enfoque más ecléctico que el que mostró en el citado discurso, pues en la Introducción de la edición de 1970 de sus *Readings in Economics* que acompaña a su inmensamente exitoso libro de texto, explica que “la vida no es una descripción de nombres famosos”, y que al seleccionar autores cuyos textos sean adecuados para ilustrar a sus alumnos los problemas con que está tratando, no les ha “solicitado sus cédulas profesionales de economistas”. Parece, por lo tanto, que se debe ser libre para adoptar alguna mezcla de la economía “analítica” y de la “popular”, y yo no pido disculpas por mi limitada mezcla, al tratar la “economía analítica”, de ciertos ingredientes tomados de teorizaciones económicas menos rigurosas.

El punto más difícil es determinar si existe algún principio general de explicación que pueda aplicarse al estudio de las ideas en general y de las ideas económicas en particular. Hay dos posiciones, extremas, posibles: una que establece que la aparición de las ideas es totalmente fortuita; la otra —identificada con varios tipos de interpretaciones unitarias de la Historia, como la marxista— afirma que la aparición de las ideas depende esencialmente de algunos factores en permanente operación, en particular del factor material. Como lo explico en la Introducción, adopto una posición que puede considerarse como intermedia, en la creencia de que ninguno de estos puntos de vista puede considerarse válido en sí mismo para obtener una explicación adecuada. De todas las ramas de esa disputada disciplina, la sociología del conocimiento es aún la más oscura.

En años recientes, he tenido acceso a cierta cantidad de nuevo material acerca de las vidas e ideas de varios economistas del pasado. En esta edición hago referencia a una parte de este material. Desde entonces, han aparecido nuevos estudios relativos a algunos economistas. Sin em-

bargo, no considero que algo de lo recién surgido deba alterar mi juicio general sobre dichos autores.

Mi principal problema ha sido decidir cómo tratar los más recientes desarrollos. Más adelante diré más acerca de esto, y con mayor detalle en los capítulos finales, pero el volumen de la literatura económica de este periodo, que es bastante mayor —y crece a paso acelerado— que los veinte años que separaron la última edición de la que la precedió, por sí solo justificaría un tratamiento más profundo. Debo, sin embargo, afirmar que creo que los nuevos agregados al cuerpo de la teoría económica no son tan significativos ni tan importantes como los de hace tres o cuatro décadas. Lo que, sin embargo, ha sido importante en el periodo a partir de la edición más reciente, ha sido la relación entre la teoría económica y la política económica, provocada en gran medida por los requerimientos de esta última a la luz de los cambios en las condiciones económicas así como en las actitudes sociales. Lo que en mi opinión forma la característica actual más importante de la materia es esta creciente “politización” de la economía y un “partisanismo” en aumento, que ya era notorio en los desarrollos descritos en la edición anterior. De acuerdo con esto, al tratar de dar un recuento conciso de algunos de los nuevos desarrollos teóricos, de los cuales mucho —a veces demasiado— se ha dicho, me concentré en la continuidad y exacerbación de la lucha por el ascenso de diferentes enfoques teóricos sobre la política de control económico, que debe seguir siendo, creo yo, el objetivo práctico de la teoría económica.

He omitido aquí la bibliografía que fue incluida en anteriores ediciones. En general, no han aparecido muchos libros de la materia en años recientes, mientras que ha habido un enorme flujo de libros —y especialmente artículos— relativos a temas y autores individuales, muchos de

los cuales he considerado útiles para el tema de esta obra,
por lo que son mencionados en el texto y en notas al pie.

E. R.

Londres, noviembre de 1991.

INTRODUCCIÓN

El interés por la evolución de la ciencia económica data apenas de menos de ciento cincuenta años. Hay unas cuantas obras sin importancia escritas en el siglo XVIII y un capítulo de *La riqueza de las naciones** que examina sistemas anteriores de economía política. Pero cuando Adam Smith escribió, las teorías consideradas erróneas no habían desaparecido por completo; por eso su estudio tenía, sobre todo, un carácter polémico. El interés por el pensamiento económico primitivo renace sólo cuando empieza a disputársele la supremacía a la economía clásica. En efecto, los partidarios de las escuelas histórica y socialista, nacidas en Alemania después de mediados del siglo XIX, hicieron los primeros ensayos de sistematización de la historia de la doctrina económica. Quienes, como Roscher, deseaban impulsar el método histórico para contraponerlo al deductivo, se preocuparon, naturalmente, por la historia de las ideas. Por otra parte, los socialistas esperaban hallar inspiración para su ataque a la teoría liberal-capitalista, entonces dominante, en el estudio crítico de los orígenes de dicha teoría. Este objetivo es particularmente obvio en Marx; pero está presente en las obras de muchos pensadores del siglo XIX.

La historia de la doctrina llega a ser un tema popular de estudio con la generalización de la enseñanza de la economía que tiene lugar a fines del siglo XIX y principios del XX. Algunas veces, como en Ashley, es aún auxiliar de la historia económica y consecuencia de una preferencia metodológica. Pero la mayor parte de las historias escritas en este periodo moderno son, en realidad, meros esbozos de hechos, a menudo porque (como en Francia, donde

Gide y Rist escribieron su muy leída historia) la enseñanza de la historia de la economía política constituyó durante mucho tiempo la única forma de instrucción académica en materia de economía. También ha surgido hace poco un interés más directamente "técnico". Al aumentar en número y en complejidad las "herramientas" conceptuales de la economía, los practicantes se preocupan por la evolución de los conceptos individuales y por los métodos de aplicación de su instrumental técnico, y por eso son hoy más frecuentes los estudios especiales de aspectos olvidados del pensamiento anterior.

No es el propósito de este libro hacer un examen completo dentro de semejantes lineamientos puramente profesionales. Es dudoso que exista ya material suficiente para ello. Además, no es muy seguro que esa historia especializada, aun si pudiera escribirse, fuera la que por ahora se necesitara con mayor urgencia. Tampoco pretende este volumen ocupar el lugar de esos compendios enciclopédicos a los que necesariamente tienen que recurrir profesores y alumnos de vez en cuando.

He escrito esta obra, por lo que toca a los alumnos, porque advierto que las exigencias del estudio de la economía moderna presentan dos graves peligros. En primer lugar, las intrincadas sutilezas de la teoría moderna pueden hacer que el alumno olvide la naturaleza esencialmente práctica de su disciplina. Conforme se incrementa la atención prestada a la teoría de las políticas económicas el profesional experimentado quedará menos expuesto a este peligro, pero el estudiante puede asumir una postura excesivamente orientada hacia el "conceptualismo" antes de que se le presente la oportunidad de ver la relación entre "la ciencia del análisis" y las políticas. El estudiante contemporáneo de economía puede, también, perder de vista la aportación que su materia ha ofrecido, y sigue ofreciendo, a la corriente general del pensamiento humano.

La enseñanza de la economía en Inglaterra y en los Estados Unidos ha escapado a la desmedida subordinación a la historia característica, hasta hace poco, en Francia; pero parece que tampoco evita el extremo opuesto, es decir, el olvido completo de la historia de la doctrina. Una exposición general de la evolución del pensamiento económico escrita como producción a la teoría moderna puede constituir el correctivo del que parecen necesitar muchos estudiantes.

Lectores de otra suerte, si están interesados en el desarrollo del pensamiento, pueden acoger con agrado el relato de lo más relevante de las especulaciones de la mente; las teorías económicas, en cambio, siempre se vinculan, aunque de manera a menudo tortuosa, con la práctica económica. El estudio de las relaciones entre las condiciones de la vida y el teorizar del hombre, puede ser una guía muy útil para abordar los conflictos entre las ideas. Muchas ideas del pasado tenían sus raíces en estructuras institucionales, en las relaciones entre grupos económicos diferentes, en sus intereses en conflicto. Ahora bien, las ideas a las que dieron vida no han muerto en la medida en que todavía existen estructuras y relaciones iguales o similares. Aún viven entre nosotros las opiniones de Aristóteles sobre las diferentes clases de trabajo humano, las censuras de los escolásticos de la Edad Media a la usura, las teorías mercantilistas sobre el comercio exterior, las nociones fisiocráticas sobre la agricultura, la teoría de la renta de Ricardo y las conclusiones prácticas de ella derivadas y, en fin, la rebeldía de los románticos alemanes contra el liberalismo económico. Todo esto ha venido a formar parte del fondo de ideas de donde han sacado su alimento intelectual sucesivas generaciones.

En la obra de Keynes, el más grande de los economistas contemporáneos, vuelven a vivir Sismondi y Proudhon. No hace tantos años, Gray pudo olvidar del todo en su